

Espiritualidad del trabajo

Luis González-Carvajal Santabárbara ¹

Los españoles tenemos fama de poco amigos del trabajo. Kant reflexionó en dos escritos -*Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1764) y *Antropología en sentido pragmático* (1798)- sobre los caracteres españoles. En ambos casos coincide en afirmar que el español se enorgullece de no tener que trabajar. Y Fernando Díaz-Plaja, en su libro *El español y los siete pecado capitales*, dedica una treinta de páginas al vacío nacional de la pereza. A pesar de ello, me parece que el proceso de modernización vivido por nuestro país en las últimas décadas ha generalizado entre nosotros hábitos de trabajo bastante semejantes a los de cualquier otro país de nuestro entorno. Otra cosa muy distinta es, sin embargo, que los creyentes hayamos acertado a integrar el trabajo cotidiano en nuestra vida cristiana. Según un estudio reciente, «sólo un 31% de los españoles están de acuerdo con que cumplir bien con el trabajo es una obligación religiosa»². Por lo tanto, fomentar en los cristianos españoles la espiritualidad del trabajo aparece ante nosotros como una tarea pastoral urgente.

Actitudes ante el trabajo

Como es sabido, la civilización greco-romana manifestó muy poco aprecio hacia el trabajo, especialmente cuando se trataba de trabajo manual. Platón consideraba que la producción de riquezas era una ocupación inferior

¹ Sacerdote, Profesor de Teología en el «Instituto Superior de Pastoral». Madrid.

² DIAZ-SALAZAR, Rafael, «La transición religiosa de los españoles», en (DIAZ-SALAZAR, Rafael, y GINER, Salvador, [comps.]) «Religión y sociedad en España», CIS, Madrid 1993, p. 106.

para los seres humanos, tarea propia de esclavos y siervos; el hombre libre debe dedicarse a cultivar su espíritu³. También Aristóteles pensaba que «la persona que vive una vida de trabajo manual o de jornalero no puede entregarse a las ocupaciones en que se ejercita la bondad»⁴. «La felicidad perfecta consiste en el ocio»⁵. Es verdad que los estoicos revalorizaron algo el trabajo, pero a pesar de ello observamos en Cicerón el más aristocrático desprecio hacia cualquier trabajo manual⁶.

La verdadera revalorización del trabajo llegó con el cristianismo. No podía ser de otra forma, teniendo en cuenta que «aquel que, *siendo Dios*, se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de su vida eterna al *trabajo manual* junto al banco de carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente 'Evangelio del trabajo'»⁷.

Por eso la Iglesia de los tiempos apostólicos manifestó hacia el trabajo una estima desconocida hasta entonces. «Si alguno no quiere trabajar -decía rotundamente san Pablo-, que tampoco coma» (2 Tes 3,10). Sin embargo, poco a poco, el influjo de Platón hizo que aumentara la cotización de la vida contemplativa a costa de la activa. De hecho, el trabajo y la profesión encontraron sólo una atención marginal en la obra de los santos Padres. Y en la *Imitación de Cristo*, que ejerció un influjo inmenso sobre la espiritualidad cristiana, podemos leer: «Comer, beber, velar, dormir, reposar, TRABAJAR y estar sujeto a las demás necesidades que impone la naturaleza, constituye en verdad una gran miseria y aflicción para el hombre piadoso, que quisiera de buena gana verse libre de todo esto»⁸.

Naturalmente, no siempre fue tan negativa la actitud cristiana ante el trabajo. Procedentes de la Edad Media se conservan, por ejemplo, numerosos *sermones ad statum*. En ellos se habla a los más diversos estados, empezando por los prelados, clérigos y monjes, pasando por los nobles, caballeros y estudiantes de las universidades, hasta llegar a los labradores y artesanos, comerciantes, tratantes de caballos y taberneros, sin excluir siquiera a las rameras y a los rateros. A todos les ponen ante los ojos sus pecados

³ PLATÓN, «Las Leyes», 743 e («Obras Completas», Aguilar, Madrid, 1972_, p. 1359).

⁴ ARISTÓTELES, «Política», 1,278 a («Obras », Aguilar, Madrid 1977_, p. 1458).

⁵ ARISTÓTELES, «Ética a Nicómaco», 1,177h («Obras», p. 1.304).

⁶ CICERÓN, Marco Tulio, «Los oficios», lib. I, cap. 42 («Los oficios». «Los diálogos». «Las paradojas». Aguilar, Madrid 1963, pp. 121-123).

⁷ JUAN PABLO II, «Laborem exercens», 6 e («Once grandes mensajes», BAC, Madrid 1992 4, p. 568). La expresión «Evangelio del trabajo», aunque ha sido popularizada por la «Laborem exercens», donde aparece hasta seis veces, no es original de Juan Pablo II. Hace ya más de cincuenta años, Paul Doncoeur publicó un libro titulado precisamente «L'Évangile du travail» (París 1940).

⁸ FKEMPIS, Tomás de, «Imitación de Cristo», lib. 1, cap. 22, nn. 8-9 (Regina, Barcelona 1974, pp. 162-163).

profesionales y les dan consejos saludables tomados de la Escritura y de los Padres. A menudo llegan a proponer un modelo bíblico del ejercicio de la profesión⁹.

Pero ha sido ya en nuestro siglo, especialmente durante los años veinte y treinta, cuando aparecieron distintas iniciativas orientadas a promover la espiritualidad del trabajo. Pensemos -por mencionar sólo tres ejemplos- en Carlos de Foucauld y sus Fraternidades, el cardenal Cardijn con la JOC y José María de Balaguer con el Opus Dei.

Valor humano del trabajo

Ciertamente, no es necesario tener fe para encontrar sentido y dar densidad a la actividad profesional. Vamos a mencionar brevemente algunos valores del trabajo que están al alcance de cualquier ser humano, creyente o no. Ante todo, el trabajo es -para quienes no están incapacitados- la forma *más digna* de obtener el sustento cotidiano. Por eso no sería en absoluto suficiente un sistema de protección social que garantizara a todos los ciudadanos un nivel de vida decoroso pero sin ofrecerles trabajo. Recordemos aquella canción del padrenuestro: «Que nunca nos falte el trabajo, /que el pan es más pan/ cuando ha habido esfuerzo».

Pero sería bien pobre trabajar únicamente por exigencias intestinales. El trabajo nos ofrece una ocasión privilegiada para servir a los demás ofreciéndoles los bienes y servicios que somos capaces de producir. En las oficinas y en las fábricas, en los hospitales y en el campo, se trabaja afanosamente para hacer del mundo un lugar cada vez más habitable.

De esta forma, el trabajo une a cada hombre con todos los demás. Unamuno hablaba del zapatero que había llegado a ser tan insustituible para sus parroquianos «que tengan que echarle de menos cuando se les muera -*se les muera*, y *no sólo se muera*-, y piensen ellos, sus parroquianos, que no debería haberse muerto»¹⁰.

Más allá de eso, el trabajo sirve también para hacer hombres. Recordemos una frase justamente famosa de Marx: «Todo lo que se puede llamar historia universal no es otra cosa que la producción del hombre por el trabajo humano»¹¹. Esto ocurre en el doble sentido de *hominización* y *humanización*. En primer lugar, podemos decir que, en el proceso de evolución

⁹Cf. AUER, Alfons, «El cristiano en la profesión», Herder, Barcelona 1970, pp. 72-74.

¹⁰ UNAMUNO, Miguel de, «Del sentimiento trágico de la vida» (Obras Completas, t. 7, Escelicer, Madrid 1966, p. 270).

¹¹ MARX, Karl, «Manuscritos de París», 3; ser manuscrito (Obras de Marx y Engels, t. 5., Crítica, Barcelona 1978, p. 387).

de las especies, «nuestros peludos antepasados» -como los llamaba Engels¹², empezaron a ser hombres cuando tallaron algunas herramientas (por muy rudimentarias que fueran) para trabajar. Se ha sostenido frecuentemente, en efecto, que la invención de la herramienta es lo que constituye el acta de nacimiento del hombre. En segundo lugar, los hombres han ido creciendo en humanidad gracias al trabajo. Con pleno derecho, el hombre espera de su trabajo no sólo «tener más», sino «ser más».

Por último, el hombre proyecta su propia personalidad en sus obras. Como decía Pablo VI, «ya sea artista o artesano, patrono, obrero o campesino, todo trabajador es un creador. Aplicándose a una materia que se le resiste, el trabajador le imprime un sello mientras que él adquiere tenacidad, ingenio y espíritu de invención»¹³

Valor cristiano del trabajo

Hasta aquí hemos hablado del valor humano del trabajo. Pero eso no basta. En el ritual romano encontramos fórmulas para bendecir la casa, los campos, tierras de cultivo y terrenos de pasto, el taller, los instrumentos de trabajo, etc.¹⁴ La Iglesia ha querido recordarnos así que el trabajo no es una realidad exclusivamente profana y que necesitamos integrarlo en la «vida nueva» del cristiano.

También a nuestras actividades laborales se aplica lo que dice Pablo en 1 Cor 10, 31: «Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios». Eso es tanto como decir que el trabajo debe convertirse para el cristiano en culto divino. De hecho, Puebla nos invita a «transformar nuestro trabajo y nuestra historia en gesto litúrgico»¹⁵.

En la Edad Media, cuando los maestros de las corporaciones donaban a la Iglesia una vidriera, querían que se representaran en ella las técnicas de su oficio. Era una forma de hacer presente en el templo el trabajo humano. Como dijo muy buen Schillebeeckx, «celebramos en el templo lo que se realiza fuera del templo, en la historia humana»¹⁶. De hecho, la eucaristía es el marco más apropiado para que el hombre ofrezca a Dios el fruto de su trabajo. Con el pan

¹² ENGELS, Friedrich, «Dialéctica de la naturaleza» (Obras de Marx y Engels, t. 36, Crítica, Barcelona 1979, p. 165).

¹³ PABLO VI «Populorum progressio», (Obras de Marx y Engels, t. 36, Crítica, Barcelona 1979, p. 165).

¹⁴ CONGREGACION PARA EL CULTO DIVINO, «Bendicional», Coeditores Litúrgicos, Barcelona 1986, pp. 229-418.

¹⁵ III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, «Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina», n. 213 (BAC, Madrid 1979, p. 122).

¹⁶ SCHILLEBEECKX, Edward, «Dios, futuro del hombre», Sígueme, Salamanca 1971_, p. 119.

y el vino -«fruto de la tierra y del trabajo de los seres humanos»- ofrecemos en general todo lo que hemos obtenido con nuestro esfuerzo.

Vamos a estudiar a continuación en qué radica el valor cristiano del trabajo, aclarando de antemano que la fe no proporciona al trabajo, como si fueran sumados del mismo orden, nuevas motivaciones que podríamos añadir a las motivaciones recordadas hace un momento. Las motivaciones cristianas no se sitúan *junto* a las motivaciones humanas, sino que se introducen en su *interior* para darles mayor hondura y fuerza. Repasémoslas.

Con nuestro trabajo prolongamos la actividad creadora de Dios

En la primera página de la Biblia encontramos ya una afirmación importante para nuestro tema. Me parece muy significativo que el relato sacerdotal no desdeñe calificar el acto creador de Dios -aunque sólo sea de forma analógica- como trabajo que pide un descanso. Esto entraña una diferencia fundamental con la cultura helenística: «El pensamiento griego -escribió Ratzinger- desconoce la idea de un Dios creador y pone en su lugar un dios inferior, el demiurgo, quien configura la materia dándole forma. Dios mismo, por decirlo así, no se ensucia las manos con el mundo. Con esto se corresponde la apreciación negativa del trabajo, característica de la Antigüedad: paralelamente a los dioses, los hombres relegan también el trabajo en exclusiva a las clases sociales inferiores»¹⁷.

El autor sacerdotal, al afirmar que Dios hizo al hombre «a su imagen y semejanza» (Gn 1, 26-27) y añadir inmediatamente el mandato de dominar la obra creada (v. 28), está sugiriendo que ambas ideas están estrechamente relacionadas. De hecho, para los Padres antioquenos, el hombre no es imagen de Dios por su razón ni por tener un alma inmortal -cualidades que también encontramos en los ángeles, y no por ello dice el autor sagrado que éstos hayan sido creados a imagen de Dios-, sino por el dominio que ejerce sobre las criaturas mediante su trabajo¹⁸. En la Biblia no es el hombre parado, sino el trabajador, quien aparece como imagen de Dios. Es un (*mikroktístes* = pequeño creador).

Si Dios descansó de crear a la primera pareja humana, fue precisamente porque existía ya alguien capaz de continuar su obra. En consecuencia, los bendijo diciendo: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Gn 1,28). Con palabras poéticas dice Paul Claudel: «Es preciso socorrer a esta creación que gime y que tiene necesidad de nosotros. Es preciso acudir en socorro de la humanidad ante todo, pero también es necesario acudir en

¹⁷ FRATZINGER, Joseph, «El cristiano y el mundo actual», en (METZ, Johannes Baptist [dir.]), «Fe y entendimiento del mundo», Taurus, Madrid 1970, pp. 270-271).>

¹⁸ Cf. por ejemplo, JUAN CRISISTOMO, «Al pueblo de Antioquía», hom. 7,2 (PG 49, 93).

socorro del bosque, es necesario acudir en socorro de la zarza que quiere convertirse en rosa; es necesario acudir en socorro del río caudaloso que nos ruega le impidamos desbordarse; es preciso acudir en socorro del pájaro y de la bestia bruta»¹⁹.

Hemos dicho que mediante su trabajo el hombre continúa la obra creadora de Dios. Pero sería más exacto decir que *por medio del hombre* es el mismo Dios quien «sigue todavía trabajando» (Jn 5, 17). Eso se afirma expresamente del farmacéutico: «Hace mixturas. Así nunca se acaban sus obras [de Dios]» (Sir 38, 7-8).

Así pues, el trabajador es un co-laborador de Dios. Externamente sólo vemos a un hombre trabajando. Pero es Dios -«la fuerza de su fuerza» (cf. Ex 15,2; Sal 118,14; Is 12,2; 49,5)- quien hace posible su trabajo. Refiriéndose a Besalel, dice el libro del Exodo: «Le ha llenado del espíritu de Dios, confiriéndole habilidad, pericia y experiencia en toda clase de trabajos, para concebir y realizar proyectos en oro, plata y bronce, para labrar piedras de engaste, tallar la madera y ejecutar cualquier otra labor de artesanía» (Ex 35, 31-33).

Con razón dice el salmista: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (Sal 127,1). Por eso rezamos en el Padrenuestro: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (Mt 6, 11), que podríamos glosar de esta forma: «El pan que necesitamos cada día, dánosle hoy bendiciendo nuestro trabajo». Leonardo de Vinci lo había entendido muy bien cuando oraba así: «Oh, Señor, Tú nos das los bienes y nos pides a cambio la fatiga»²⁰.

Penosidad del trabajo

Hablemos, precisamente, de esa fatiga. La etimología de la palabra «trabajo» sugiere en casi todas las lenguas cierta penosidad. En griego (*pónos*) significa cansancio y padecimiento. Lo mismo ocurre con el labor latino, que deriva del verbo *labo* = tambalearse, vacilar. En cuanto a la palabra castellana *trabajo*, deriva del sustantivo *tripalium*, una especie de cepo formado por tres palos que se utilizaba antiguamente para sujetar las caballerías mientras las herraban, y que más tarde fue utilizado como instrumento de tortura.

¿Quién no ha oído que el trabajo es un castigo del pecado, porque dijo Dios: «comerás el pan con el sudor de tu frente» (Gn 3, 19)? Sin embargo, no es así. Según la tradición yahvista, tras crear al hombre, Dios lo tomó «y le dejó en el jardín del Edén, para que lo labrase y lo cuidase» (Gn 2, 15). El

¹⁹ CLAUDEL, Paul, «conversations dans le Loir et Cher», París 1935, pp. 258-259.

²⁰ Cit. en PEREZ LEÑERO, José, «El tema del trabajo en las religiones», Aguilar, Madrid 1959, p. 123.

pecado vino después. También en el relato sacerdotal vimos que el encargo de dominar la tierra mediante el trabajo tuvo lugar antes de cualquier pecado.

Lo que ocurrió como consecuencia del pecado fue un cambio en la condición del trabajo. Antes de la caída, el trabajo humano -según Santo Tomás- no era penoso, sino todo lo contrario: «agradable, por ejercitar una capacidad natural»²¹. Después vino lo que vino: «Maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás el pan con el sudor de tu frente» (Gn 3, 17-18). Naturalmente, la penosidad del trabajo no es un castigo introducido desde fuera por la voluntad de Dios, sino un desorden introducido libremente por aquel a quien Dios había entregado el mundo para que lo dominara.

Hoy, el símbolo de la penosidad del trabajo que eligió la Biblia -las espinas y los abrojos- nos parece un mal mínimo. A lo largo de la historia, el pecado de los hombres ha seguido añadiendo nuevas penosidades al trabajo, de forma que Pío XI constató. «De las fábricas sale ennoblecida la materia inerte, pero los hombres se corrompen y se hacen más viles»²².

Sin embargo, «lo que es natural al hombre ni se le añade ni se le retira por el pecado»²³. Debido a ello, aun después del pecado, el trabajo conserva las funciones que le son propias. De ahí el gozo en el trabajo cuando el hombre ve que, trabajando, comunica a las cosas algo de sí, de su inteligencia, de su voluntad, de su afecto, de su personalidad, y de esta forma las cosas alcanzan valor humano.

La redención del trabajo

Así pues, en el trabajo humano aparecen entremezclados el gozo y la penosidad. Existe, desde luego, cierta resistencia de la materia al esfuerzo humano generadora de una penosidad que podríamos llamar «natural». Pero hay también una penosidad adicional -fruto del pecado-, y ésta debe ser objeto de redención (Pío XI empleó precisamente la expresión «redención del proletariado»²⁴.

Como reza un conocido principio soteriológico, «lo que no ha sido asumido no ha sido sanado»²⁵. Era necesario, pues, que Jesús de Nazaret

²¹ TOMAS DE AQUINO, «Summa Theologica», I, q. 102, a. 3 (Suma Teológica, t.1, BAC, Madrid 1988, p. 870).

²² Pío XI, «Quadragesimo anno», 135 (Once grandes mensajes, p. 113).

²³ TOMAS DE AQUINO, «Summa theologica», I, q. 98, a. 2 (Suma de Teología t. 1, BAC, Madrid 1988, p. 860).

²⁴ Pío XI, «Quadragesimo anno», 59 (ed. cit., p. 86).

²⁵ GREGORIO DAMASCENO, «Sobre la fe ortodoxa», 3, 6 (PG 94, 1.005); CIRILO DE ALEJANDRIA, «Fragmentos sobre Juan», acerca de Jn 12,27 (PG 74, 89); etc.

asumiera la condición trabajadora. Leyendo el Nuevo Testamento, vemos que nos dice a la vez poco y mucho del trabajo de Cristo.

Poco, desde el punto de vista cuantitativo, porque apenas recoge detalles sobre la actividad laboral que desarrolló Jesús durante su vida oculta. La palabra griega que emplean los evangelios para designar la profesión de José y de Jesús (Mt 13,55; Mc 6,3) es (*tekton*), una palabra que corresponde al latino *faber*. Indica, por consiguiente, al obrero manual que trabaja la madera o la piedra. «Carpintero» es, sin duda, una posibilidad (aunque la madera era rara en Palestina). Pero también «albañil», «cantero», etc. Es preferible, por tanto, traducirlo por «trabajador manual». Como observa J.M. Guix, «no pudiendo vivir a la vez distintas experiencias, escogió la condición más común, la que vive la inmensa mayoría de las personas: fue obrero manual»²⁶. Pues bien, eso es todo lo que sabemos del trabajo de Jesús.

Pero es mucho, en cambio, desde el punto de vista cualitativo, porque supone que la redención llega hasta el trabajo humano. En la sede de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), en Ginebra, existe un mural que representa a Cristo sentado sobre un banco de carpintero y rodeado de instrumentos de trabajo. A un lado puede verse a María y José; al otro lado, a un grupo de trabajadores y trabajadoras de hoy. Se trata de un fresco financiado por el Movimiento Internacional de Sindicatos Cristianos y pintado por Maurice Denis, el renovador del arte religioso en Francia, que fue inaugurado el 9 de junio de 1931. Pablo VI, durante su visita a la sede de la OIT, el 10 de junio de 1969, elogió «este admirable fresco en el que Cristo aparece trayendo la Buena Noticia a los trabajadores que le rodean».

En esa pintura aparece Jesús vestido con una túnica larga, mientras que los hombres y mujeres que hay a su lado llevan ropas de trabajo actuales. Esa diferencia de atavíos debería recordarnos que el trabajo de nuestras fábricas se parece muy poco al del taller de Nazaret, en el que se ha inspirado casi en exclusiva la predicación cristiana.

Hace más de doscientos años, en un pasaje ya clásico. Adam Smith describió la fabricación de un alfiler²⁷. Un trabajador al viejo estilo, que realizara por sí solo todas las operaciones necesarias, apenas podría fabricar un alfiler cada día y, desde luego, nunca más de veinte. En contraste con ello, el célebre economista escocés describía una «manufactura» que había visitado, en la cual las 18 operaciones necesarias para fabricar el alfiler eran realizadas por diez obreros distintos, cada uno de los cuales se había

²⁶ GUIX FERRERES, José, «El Evangelio del Trabajo», BAC, Madrid 1983, p. 14.

²⁷ SMITH, Adam, «Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones», Fondo de Cultura Económica, México 1979, pp. 8-9.

especializado en una o dos de esas operaciones. Entre todos ellos producían más de 48.000 alfileres al día; esa decir 4.800 por obrero.

Aumenta la producción, sí; pero la división del trabajo, como cualquier otro proceso, puede atravesar un umbral a partir del cual se deshumaniza. Fraccionado en partes infinitesimales, el trabajo es para quien lo ejecuta una actividad ininteligible, envilecedora, estúpida. ¿A que ha quedado reducido un hombre que sabe por todo secreto fabricar un dieciocho de alfiler? Recordemos la película *Tiempos modernos*, en la que Chaplin no hace más que apretar tuercas y acaba por tratar así los botones del vestido de una señora.

Para ver cómo deben ser las cosas, volvamos a la inspiración teológica. Dios concibe el mundo antes de realizarlo -«Dijo Dios: 'haya un firmamento'; e hizo Dios el firmamento...» (Gn 1, 6-7)-. El hombre será imagen de Dios en su trabajo sólo cuando conciba éste antes de realizarlo. Y en eso precisamente se distingue de los animales, como muy bien vio Marx: «Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero hay algo en que el por maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro»²⁸.

Gracias a esa íntima unión entre la cabeza que piensa y la mano que ejecuta, *el hombre se expresa mediante su trabajo*. Pero no ocurre lo mismo en el trabajo en cadena, donde los trabajadores llevan a cabo una pequeña parte de los planes que otros han pensado por ellos. Ese una actividad calculada hasta en sus más mínimos detalles y sometidos a reglas tan ineludibles que, aun cuando cambien los trabajadores, el resultado del trabajo sigue siendo el mismo, porque ahora ya no es el hombre, sino la máquina, quien se expresa. Como decía un obrero, «casi todos nosotros tenemos unas tareas que resultan demasiado pequeñas para nuestro espíritu».

Por eso, como ha señalado siempre la Enseñanza Social de la Iglesia, la redención del trabajo no se limita a lograr mejores salarios y más tiempo de descanso, sino que exige humanizar el mismo proceso de producción. El trabajo maquinal debe quedar para las máquinas.

Trabajamos para la eternidad

El trabajo del que hemos venido hablando hasta aquí es una realidad vinculada a nuestra existencia terrena. ¿Tendrá también algún significado más allá de la muerte? El Apocalipsis (14,13) consuela a los muertos que mueren en el Señor, diciendo que «sus obras los acompañan». ¿Cómo debemos

²⁸ Marx, Karl, *El Capital*, t.1, Fondo de Cultura Económica, México 1973, p.130.

entender esta frase: en sentido subjetivo, como mérito del que ha obrado, o más bien en algún sentido también objetivo?

Es una pregunta que Rondet planteó hace ya cuarenta años en un célebre artículo: «¿Se impone el pensar que de todas las obras del hombre no quedará más que la caridad que haya presidido su realización? ¿Y qué sería de un Branly resucitado con el mismo cuerpo, idéntico al cuerpo de carne que tuvo en nuestra tierra y sin relación alguna con el invento que ha hecho su gloria? ¿Qué de un pintor cristiano sin su obra; de un músico o de un poeta sin sus sinfonías o sin sus epopeyas?» Y respondía: «Si hemos de decir la verdad, ante semejante cuestión no podemos sino balbucir. Es inútil que pretendamos representarnos lo que será el universo resucitado [...], pero, sin caer por ello en no sé qué mesianismo terreno y carnal, afirmamos que es el trabajo humano mismo, desde el del más humilde obrero hasta el del más genial inventor, lo que adquiere un valor de eternidad»²⁹.

Esa convicción, que Rondet sugería con tanta prudencia, fue después ratificada por el Concilio Vaticano II: «Todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal» (*Gaudium et Spes*, 39 c). Esta es, sin duda, una buena noticia: ¡Estamos trabajando para la eternidad!

La cuestión de si el trabajo tendrá algún significado después de la muerte admite todavía un planteamiento más audaz: ¿habrá también trabajo en la nueva tierra? Naturalmente, teniendo en cuenta que «nunca el ojo vio, ni el oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2,9), es arriesgado decir que trabajaremos en la otra vida. Pero no es menos arriesgado designarla como «el descanso eterno». Ya Montesquieu se lamentaba de ello: «Se debería haber incluido la ociosidad continuada entre las penas del infierno; me parece que, por el contrario, se la ha puesto entre las alegrías del paraíso»³⁰.

Pierre Benoit, mirada la cosa desde la Sagrada Escritura, responde afirmativamente a nuestra pregunta: «El trabajo, ley normal del hombre, se proseguirá en la vida eterna, pero volverá a ser lo que era antes de la caída:

²⁹ RONDET, Henri, *Éléments pour une théologie du travail*: Nouvelle Revue Théologique 77 (1955) 142-143.

³⁰ MONTESQUIEU, Charles de, «Pensées et fragments inédits», t.2, p. 500 (cit. en GROETHUYSEN, Bernhard, «La formación de la conciencia burguesa», Fondo de Cultura Económica, Madrid 1981, p. 308).

servicio alegre y sin sujeción»³¹. No hace falta aclarar, supongo, que estamos empleando un lenguaje analógico.

Vea cada cual cómo construye

Si trabajamos para la eternidad, es necesario que «cada cual vea cómo construye. [...] Uno puede construir con oro, plata, piedras preciosas. O bien con heno y paja. [...] La calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego. Si la obra de uno resiste, recibirá la recompensa» (1 Cor 3, 12-14).

En el pasado era frecuente poner el valor del trabajo en realidades ajenas a él mismo: la obtención del sustento cotidiano, la ascesis, la posibilidad de dar limosnas, etc. Por todo lo que hemos dicho hasta aquí, parece claro que el trabajo tiene valor por sí mismo. Y valor para la eternidad. Por tanto, el ejercicio de una profesión «ya no es, ante todo, una disciplina, una perfección del hombre de la que el trabajo no sería mas que la ocasión: es, ante todo, la producción de la obra»³².

Pero, naturalmente, no de *cualquier* obra. Recordemos un conocido diálogo de las Novelas Ejemplares de Cervantes:

«Dijo Rincón a su guía»

-¿Es vuesa merced, por ventura, ladrón?

-Sí -respondió él-, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados: que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo que respondió Cortado:

-Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

-Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados. [...] Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad»³³.

Pues bien, no. Para que el trabajo sea santificador no basta la intención del trabajador; por ejemplo, que cumpla escrupulosamente sus obligaciones, intente revestirse de los sentimientos subjetivos de Cristo en Nazaret y dé limosnas con la remuneración obtenida. *Hace falta que la obra misma tenga valor*. Existen, por lo tanto, preguntas ineludibles: ¿A quién sirvo yo con este

³¹ BENOIT, Pierre, «Le travail selon la Bible»: *Lumière et Vie* 20 (1955) 221.

³² CHENU, Marie-Dominique, «Hacia una teología del trabajo», Estela, Barcelona 1965_, p. 33.

³³ CERVANTES, Miguel de, «Rinconete y Cortadillo» (Obras Completas, t. 2, Aguilar, Madrid 1970, p. 996).

trabajo? ¿En qué forma el trabajo que yo hago contribuye a consolidar una situación social de tipo más o menos injusto? ¿Cuáles son los intereses de clase, intereses de grupo, que se benefician de mi actividad profesional?

Por desgracia, para la mayoría de los hombres el trabajo es tan sólo una venta de esfuerzo a cambio de un salario, e importa muy poco en qué se emplee ese esfuerzo. De acuerdo con la mentalidad corriente, es posible tener un «buen» trabajo en una fábrica de armas y un «mal» trabajo en una organización benéfica. Diversos estudios sociológicos lo han puesto de manifiesto sin dejar lugar a dudas: el 78% de los adultos españoles valoran que el trabajo esté bien remunerado, pero sólo el 39% valora que sea útil a la sociedad. No sólo es éste un porcentaje muy bajo, sino que además parece ir descendiendo (diez años atrás era el 44%)³⁴.

Necesitaríamos recuperar el discernimiento del pasado, que prohibía a los cristianos determinadas profesiones que aparecían como incompatibles con la vocación cristiana³⁵. De hecho, para el cristiano el ejercicio de una profesión es una vocación particular en la que se concreta la vocación común al seguimiento de Cristo.

El trabajo como vocación

Hoy es convicción común, en efecto, que la palabra «vocación» no puede reservarse únicamente para el sacerdocio o la vida religiosa, como si todos los demás fueran no llamados. De hecho, en la Biblia los conceptos de «misión» o «vocación» no se aplican sólo al profeta o al sacerdote, sino también, por ejemplo, al maestro de obras del tabernáculo (ex 31, 2-5) o al médico (Sir 38,2.4).

Lutero en su traducción de la Biblia, empleó por dos veces (en Sir 11, 20 y 1 Cor 7, 20ss.) la palabra *Beruf* (vocación) para referirse al trabajo. Hoy sabemos -y los mismos protestantes empiezan a admitirlo- que no fue Lutero el primero en hacerlo, pero sin duda le cabe el honor de haber vinculado con fuerza el trabajo profano con una llamada de Dios.

Si es Dios quien llama al ejercicio de una profesión determinada, es muy importante disponer de algunos criterios para descubrir esa llamada³⁶.

En primer lugar, será necesario considerar las exigencias del bien común, al cual todos debemos colaborar.

³⁴ ANDRES ORIZIO, Francisco, «Los nuevos valores de los españoles». España en la «Encuesta Europea de Valores, Fundación Santa María, Madrid 1991, p. 181.

³⁵ He reproducido algunos testimonios de esto en mi libro «Con los pobres, contra la pobreza», San Pablo, Madrid 1993, pp. 129-130.

³⁶ Cf. TRUHLAR, Karl V., «Labor Christianus. Para una teología del trabajo», Razón y Fe, Madrid 19963, pp. 187-207.

En segundo lugar, las disposiciones, talentos y capacidades del individuo fijan los límites dentro de lo que es posible elegir el trabajo profesional. Parece claro que Dios no puede llamar a un trabajo sin darnos las cualidades necesarias para desempeñarlo.

También puede ser conveniente tener en cuenta la inclinación interna -bien sea innata o adquirida- hacia algún determinado trabajo profesional. Pero esto no siempre es indicio de vocación. En la Biblia encontramos casos en los que la vocación divina se impone a los deseos de los individuos.

Pero, por encima de todo eso, el cristiano debe saber que «es guiado por el Espíritu de Dios» (Rm 8,14) también en la elección del trabajo profesional. Por eso es necesario aplicar a dicha elección las normas clásicas de discernimiento de espíritus.

[Tomado de «Sal Terrae», 973(noviembre 1994)795-810, Santnader]

La Universidad Centroamericana, UCA, de Mangua

anuncia que está en funcionamiento su

servicio de gopher

accesible, por Internet,

desde cualquier parte del mundo

y a cualquier hora del día o de la noche.

En él podrá encontrar, «en línea», listas para leer, copiar o enviar:

-varias revistas,

-de teología latinoamericana, «RELaT»,

-de análisis político y de coyuntura, «Envío»,

-de psicología, «Pisque y Sociedad»,

-un «Servicio Bíblico» para domingos y días laborables...

-una biblioteca electrónica de artículos y de libros,

-una sección filosófica con

-las actividades y noticias del Seminario Zubiri-Ellacuría

-las obras de los filósofos más importantes

-conexión a todos los gophers de mundo...

y muchas cosas más. Véalas Vd. mismo...